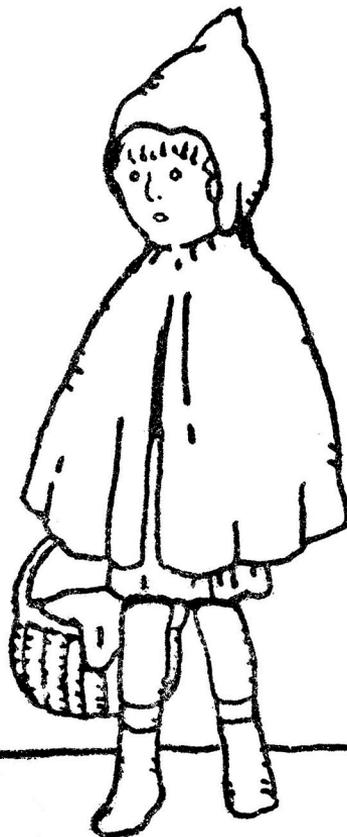


La Caperucita encarnada

(CUENTO DE PERRAULT)

La Caperutxeta vermella Le petit Chaperon rouge



Enxarques

Hora, una vez, una niña aldeana, linda entre las niñas más lindas que hubiera en el mundo. Su madre estaba loca con ella, y su abuela más todavía.

Esta había mandado hacerle una caperucita de color encarnado; y tan bien le sentaba, que toda la gente del lugar le daba el nombre de *Caperucita encarnada*.

Un día su madre hizo tortas, y le dijo:

— Ve a ver como sigue tu abuelita: me han dicho que está enferma. Llévala una torta y este pote de manteca.

Caperucita encarnada dirigióse al momento a casa de su abuela, que vivía en otra aldea.

Al pasar por un bosque encontró al señor Lobo, que, aunque sintió muchos deseos de comérsela, no se atrevió a hacerlo por miedo a unos leñadores que no lejos de allí trabajaban.

Sin embargo, preguntóle a dónde iba.

La pobre criatura, que ignoraba cuán peligroso es detenerse a hablar con un lobo, contestó:

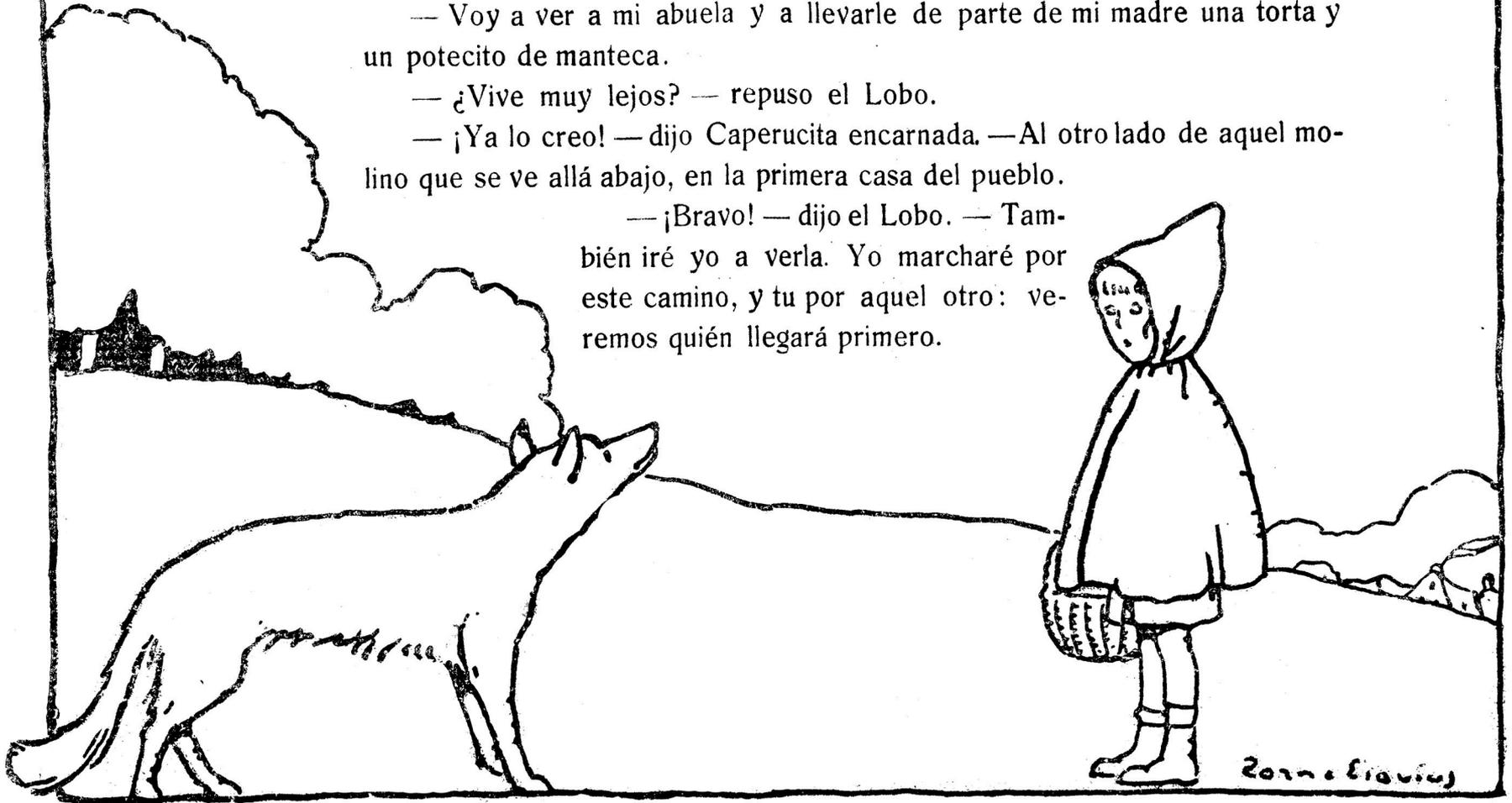


— Voy a ver a mi abuela y a llevarle de parte de mi madre una torta y un potecito de manteca.

— ¿Vive muy lejos? — repuso el Lobo.

— ¡Ya lo creo! — dijo Caperucita encarnada. — Al otro lado de aquel molino que se ve allá abajo, en la primera casa del pueblo.

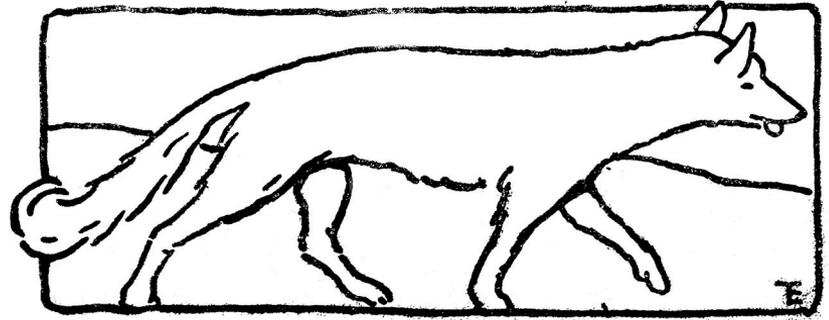
— ¡Bravo! — dijo el Lobo. — También iré yo a verla. Yo marcharé por este camino, y tu por aquel otro: veremos quién llegará primero.



Zorn e Erasmu

El Lobo hechó a correr con toda su fuerza por el camino más corto, y la niña se fué por el camino más largo, entretenién-dose en coger avellanas, en ir trás las mariposas y en hacer ramilletes con las florecillas que encontraba.

El Lobo no tardó en detenerse frente a la puerta de casa de la abuela, y dió un aldabonazo.



—¿Quién llama?

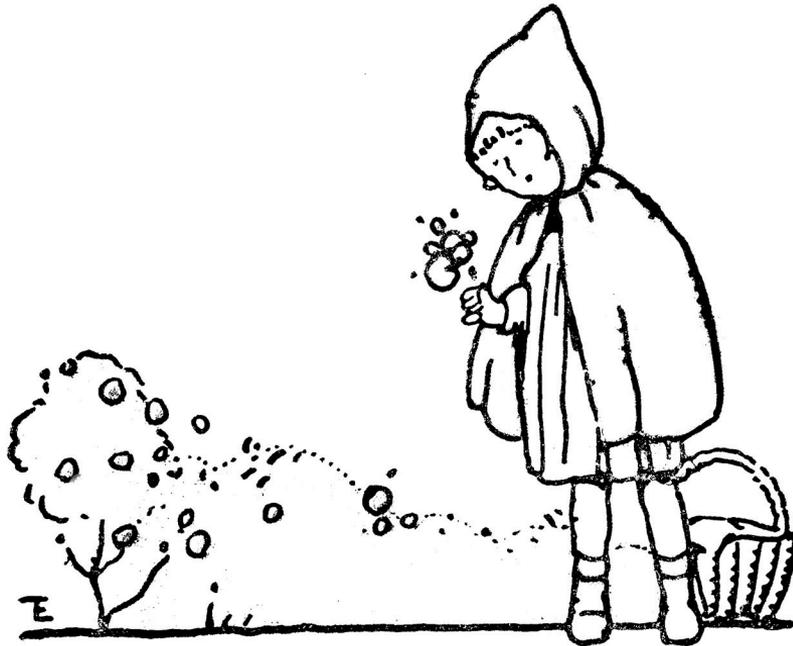
— Soy su nieta, Caperucita encarnada — respondió el Lobo remedando la voz de la niña — que traigo a usted una torta y un potecito de manteca de parte de mi madre.

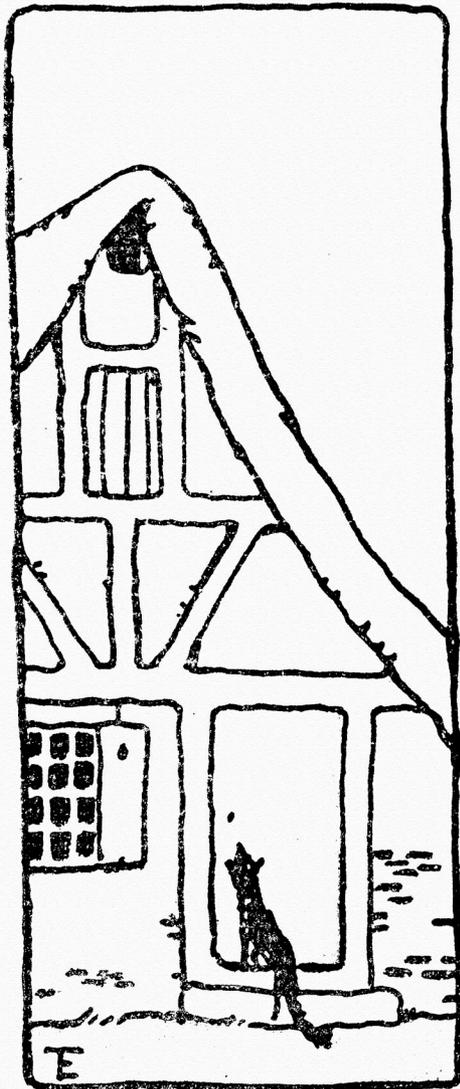
La pobre anciana, que estaba en la cama, enferma todavía, dijole, esforzándose.

— Levanta el pestillo.

El Lobo levantó el pestillo, y la puerta se abrió.

Entonces se arrojó sobre la buena mujer y la devoró en un abrir y cerrar de ojos, pues hacía más de tres días que no había entrado nada en su cuerpo.





En seguida cerró la puerta y fué a acostarse en la cama de la abuela, donde esperó que llegase Caperucita encarnada.

Esta no tardó en llamar.

— ¿Quién llama? — le contestaron.

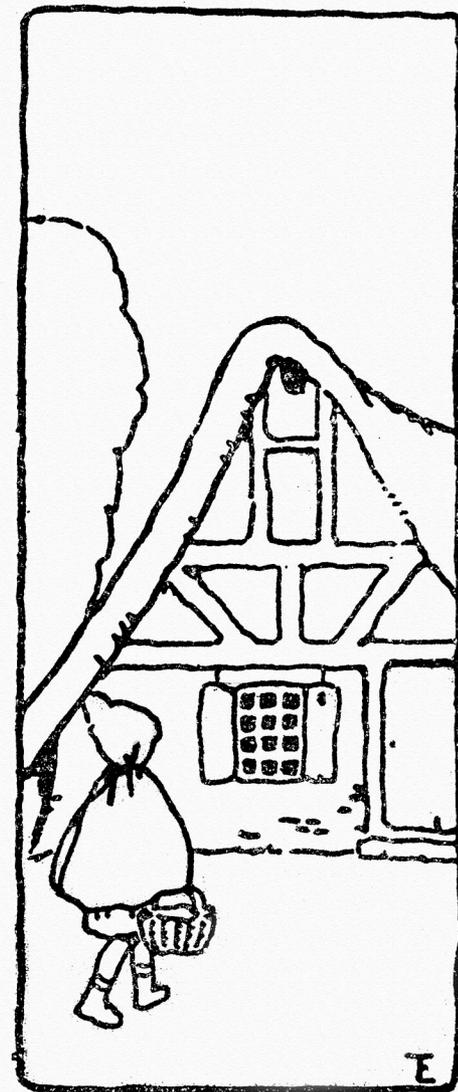
Cuando Caperucita encarnada oyó la ronca voz del Lobo, sintió un escalofrío de miedo; pero, pensando luego que su abuela estaría resfriada, respondió.

— Soy Caperucita encarnada, su nieta, que le traigo una torta y un pote-cito de manteca de parte de mi madre.

— El Lobo endulzando un poco la voz, le dijo:

— Levanta el pestillo.

Caperucita encarnada levantó el pestillo, y la puerta se abrió.



Al verla entrar, el lobo añadió, arrebujiándose:

— Pon la torta y el pote de manteca encima de la artesa, y ven a acostarte conmigo.

Capercita encarnada se desnudó y fué a meterse en la cama. Pero ¡qué sorpresa la suya al ver la inesperada figura de su abuela!

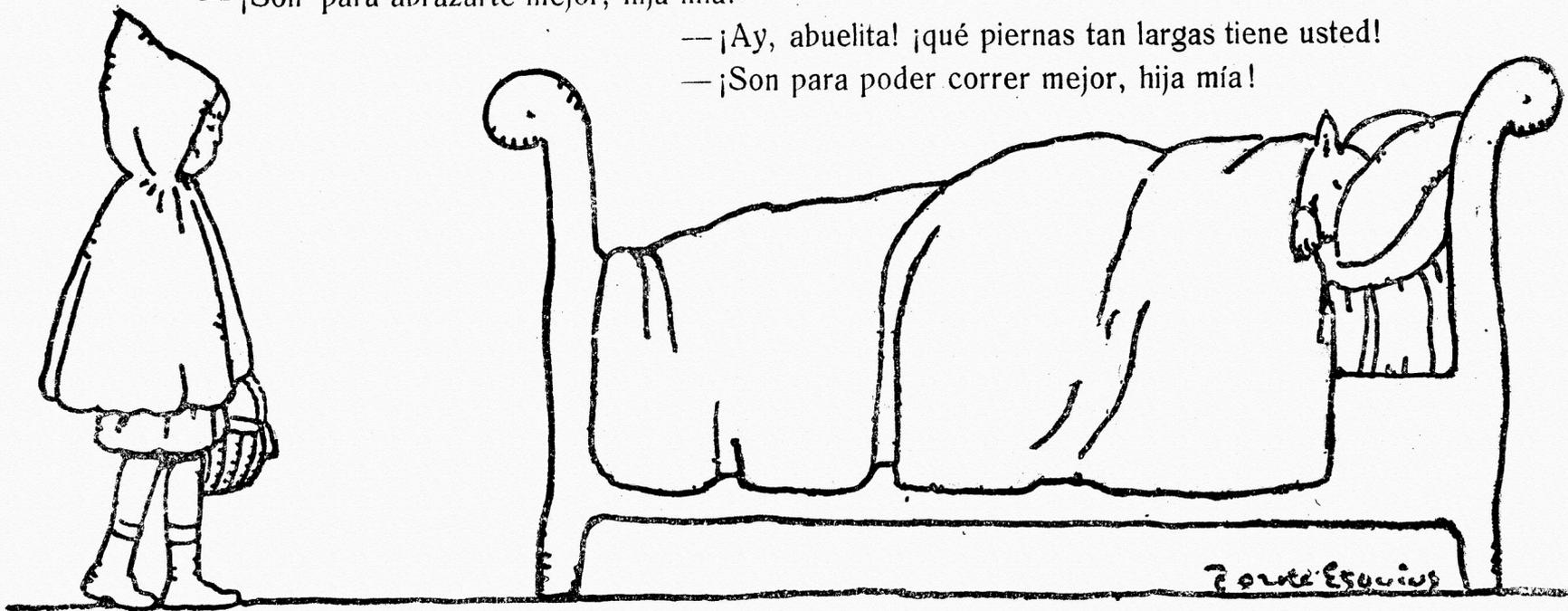
Entonces le dijo:

— ¡Ay, abuelita! ¡qué brazos tan largos tiene usted!

— ¡Son para abrazarte mejor, hija mía!

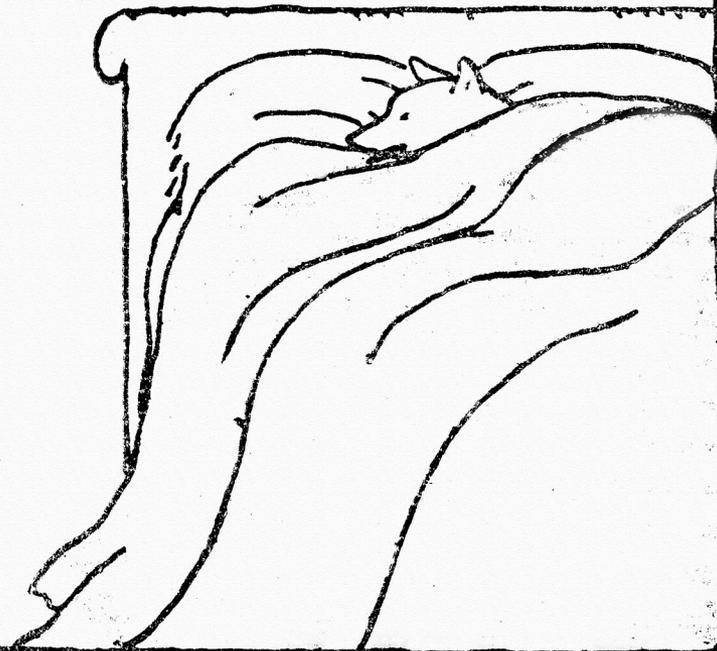
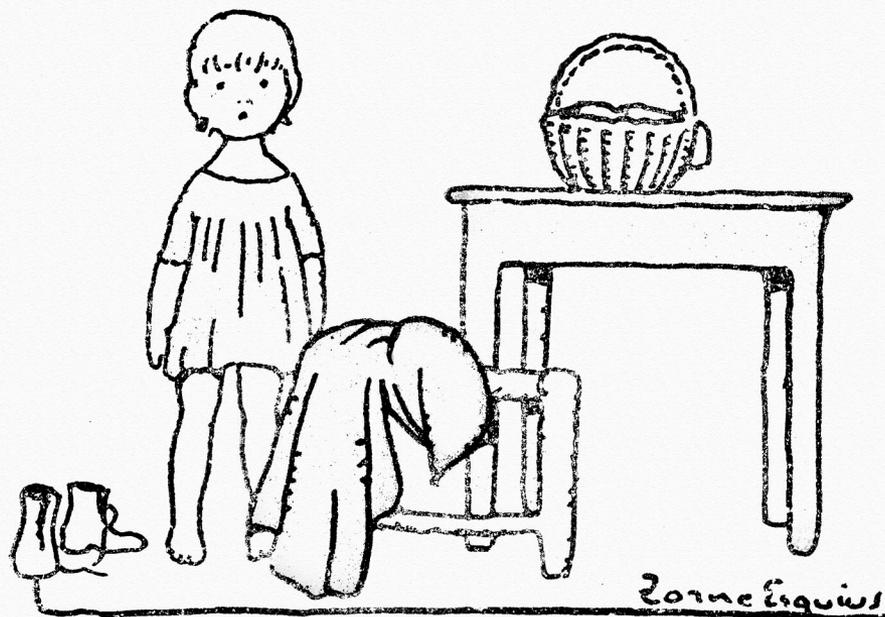
— ¡Ay, abuelita! ¡qué piernas tan largas tiene usted!

— ¡Son para poder correr mejor, hija mía!



- ¡Ay, abuelita! ¡qué orejas tan grandes tiene usted!
— ¡Son para escuchar mejor, hija mía!
— ¡Ay, abuelita! ¡qué ojos tan grandes tiene usted!
— ¡Son para verte mejor, hija mía!
— ¡Ay, abuelita! ¡qué dientes tan afilados tiene usted!
— ¡Son para comerte!

Y, al pronunciar estas palabras, el desapiadado Lobo se arrojó sobre Caperucita encarnada y se la comió.



MORALEJA

Dice este cuento a nuestra juventud
(y oigan las jovencitas
buenas, simpáticas, bonitas)
que el que escucha a cualquiera va contra su virtud:
puede, del lobo, por simpleza,
dar en la boca de cabeza.
«Del lobo he dicho», pues no son
todos los lobos de igual suerte:
los hay ladinos, cuyo fuerte
es ir pacíficos, sin hiel,
con la sonrisa por broquel,
tras inexpertas jovenzuelas
por paseos, teatros, casas y callejuelas.
Pero ¡alerta con ellos!, que cuanto más donosos,
más suelen ser los lobos peligrosos.

